

E-BOOK  
**HORIZONTES  
DEL SER**



*Reflexiones filosóficas atemporales  
para comprender al ser humano*



# Introducción

---

En toda época, el ser humano ha buscado comprenderse a sí mismo. Ha levantado preguntas sobre su origen, su naturaleza, sus límites y sus posibilidades. Esa búsqueda, tan antigua como la conciencia misma, ha dado lugar a mitos, filosofías, ciencias y símbolos que, desde distintos lenguajes, intentan iluminar el misterio de lo humano.

Horizontes del Ser nace como una invitación a recorrer algunas de esas sendas. A través de estas reflexiones filosóficas, el lector encontrará una mirada atemporal sobre el hombre y sus dimensiones: su cuerpo como vehículo y expresión, su alma como centro de ideales y aspiraciones, y su universo simbólico como puente hacia significados más profundos.

Los artículos reunidos en este e-book exploran temas esenciales: la relación entre materia y espíritu, los ideales que modelan nuestra existencia, y la fuerza de los mitos y símbolos en la construcción de la conciencia humana. No se trata únicamente de conceptos abstractos, sino de cuestiones vivas que siguen interpelando al hombre contemporáneo.

En un mundo marcado por la inmediatez y la fragmentación, volver a estas preguntas fundamentales representa un acto de profundidad. Filosofar, en este sentido, no es apartarse de la vida, sino comprenderla con mayor amplitud y vivirla con mayor sentido.

Que estas páginas sean, entonces, un espacio de encuentro con ideas que inspiran, cuestionan y orientan. Un horizonte abierto para seguir explorando aquello que somos y aquello que podemos llegar a ser.

# Contenido

---

## Filosofía Atemporal

Una filosofía atemporal no puede estar de moda ni puede pertenecer a nadie; además de no estar sujeta a la moda, tiene que ser práctica, muy práctica..

04

## El Hombre y sus Cuerpos

Debemos aclarar que el hecho de percibir un solo cuerpo en nosotros, no significa que no existan otros planos, otros vehículos de expresión o de existencia..

07

## Los Ideales del Cuerpo y los Ideales del Alma

El cuerpo y los ideales del cuerpo tienen importancia, pero están supeditados al alma, a los intereses e ideales del alma.

24

## El Hombre, sus Mitos y sus Símbolos

El estudio del simbolismo nos permite recoger, en parte, su significado, y nos permite, a veces, revertirlos sobre culturas que no conocemos para poder interpretarlos

37



# 01 Filosofía Atemporal

*(Notas del Prof. Jorge Angel Livraga, extraídas de la conferencia titulada «Filosofía para vivir» )*

Hablar hoy de vida, de vivir, de filosofía para vivir, adquiere, tal vez, un significado muy profundo porque en estos últimos tiempos nos hemos acostumbrado –desgraciadamente– a que todos los días nos lleguen noticias de destrucción, de muertes, de sufrimiento.

Ante esta avalancha que nos cae se nos hace muy necesario plantearnos una vez más la importancia de la vida. De esto quiero hablar hoy, no de muerte sino de vida. Y, además, aportando una fórmula para la vida, una fórmula muy vieja que se ha utilizado durante siglos y siglos, y es la filosofía: la filosofía para la vida, la filosofía para vivir.

No quiero aburrir a nadie con las mil y una definiciones que se podrían dar sobre filosofía. Estas definiciones dependen mucho de la época, dependen del filósofo, de si se ha enfocado con el criterio del pensamiento oriental o con una mentalidad occidental, o si a la filosofía se le da un valor de un tipo o de otro tipo. Es muy difícil encontrar una definición que nos satisfaga.

Por eso me voy hacia atrás, a más de 2500 años, y recurriré a la definición que se atribuye a Pitágoras, tan simple que todos la podemos tener en cuenta, porque Pitágoras no pretendía definir la filosofía sino que contestó a una observación que alguna vez le hicieron sus discípulos. Se cuenta que quienes rodeaban a Pitágoras y escuchaban sus enseñanzas estaban tan admirados de su profundidad, de su manera de enfrentar la vida y sus misterios que, llevados por esta admiración, le dijeron: –Maestro, tú eres realmente un sabio. Y él respondió: –No, yo no soy un sabio, yo no soy sophos, yo soy solamente un filo sophos; yo soy un amante de la sabiduría, un buscador de la sabiduría.

Así, según la tradición, se acuñó esta palabra, «filosofía», que significa, ni más ni menos, amar el conocimiento, buscarlo, no sentirse poseedor de él, sino ir detrás de algo que sabemos que existe, aunque tendremos que ver dónde está y cómo lo podemos encontrar. Este concepto de amor a la sabiduría es el que sirve de fundamento para lo que vamos a denominar filosofía a la manera clásica, y no simplemente filosofía clásica. Si habláramos de filosofía clásica nos podríamos remitir al clasicismo de muchísimas culturas, porque cada civilización, cada pueblo, ha tenido su período clásico, elevado, de oro. Para nosotros, en Occidente, hablar de filosofía clásica es remitirse a la Grecia clásica, a la Grecia de los grandes filósofos, de un Sócrates, de un Platón, de un Aristóteles, y de todos los que vinieron después, y de todos los que estuvieron antes. Pero esa filosofía clásica nos ceñiría a un tiempo, a una época.

Nosotros optamos por a la manera clásica. ¿Qué significa a la manera clásica? Significa esa manera de vida que ha llevado a todos los pueblos a un período clásico, de oro, a su punto culminante. Es buscar el denominador común que ha permitido a todas las civilizaciones llegar a ese momento tan especial y elevado. ¿Cómo lo han hecho? Buscando la sabiduría de una manera amplia, general, haciendo de la filosofía algo que se pueda aplicar a todos los campos de la vida y no solamente a un núcleo determinado de definiciones o a una parte específica del pensamiento. Todos los pueblos que han llegado a una Edad de Oro han empleado su filosofía como un abanico inmenso que se despliega y abarca todo, y que puede encontrar soluciones, respuestas, vías de acción para cualquier actividad humana.

Por eso nos interesa una filosofía para vivir a la manera clásica, una filosofía que haga despertar en nosotros también una cumbre, un espíritu clásico, un estado superior, una chispa de oro. Esta filosofía a la manera clásica es la de las grandes preguntas y la de las necesarias respuestas. Está bien preguntarse, todos nos hacemos preguntas, pero no podemos vivir solo de preguntas. Vivir de preguntas es como acercarse a una mesa bien servida, repleta de manjares, pero no poder comer ninguno. Todos nos hacemos preguntas, pero lo que realmente nos alimenta es la respuesta. Esta naturaleza inquieta del hombre, que lo lleva a plantearse interrogantes, es algo ancestral, muy antiguo. Desde que el hombre es hombre se hace preguntas.

Y si hoy nos parece que ha dejado de hacérselas, no nos engañemos. Sigue teniendo las mismas inquietudes. Sucede que algunos están muy cansados de no encontrar respuestas y, ante ese cansancio, optan por olvidar sus preguntas. Otros están cansados de encontrar muchísimas respuestas, tantas que no saben qué hacer con ellas; tantas que varias son contradictorias entre sí, y cuando uno no sabe qué elegir ni cuál de estas respuestas es la que vale, las deja todas de lado.

Otros están cansados de que nadie les muestre un camino práctico, simple, para encontrar las respuestas, ya que también hay que aprender a encontrarlas. Si, como en todas las cosas de la vida, no tenemos a alguien que nos enseñe a hacerlas, alguien que nos indique por dónde ir, o cuáles son las respuestas, cómo encontrarlas y qué hacer con ellas, pasamos de largo sin advertir que tenemos preguntas importantes.

No pensemos que hoy la gente ha perdido el interés o que carece de inquietudes. No. Simplemente, se han cansado, y hay que devolverles una esperanza a través de una filosofía que sea tan atemporal, tan sin-tiempo y tan sin-moda como esas mismas preguntas, humanas, de siempre, que no siguen ninguna moda. Para responder a esas preguntas profundas, íntimas, no podemos recurrir a una filosofía de moda. Tenemos que recurrir a una filosofía atemporal. La que está de moda nos va a decir hoy una cosa y mañana otra. Además, para estar de moda hay que ser original. Para estar de moda, no se puede decir lo que dijo otro.

Una filosofía atemporal no puede estar de moda ni puede pertenecer a nadie. Una filosofía atemporal que responda verdaderamente a nuestras inquietudes, además de no estar sujeta a la moda, tiene que ser práctica, muy práctica. Cuando tenemos una inquietud y nos ofrecen una respuesta, hay que poder llevarla a la vida. Si una respuesta es práctica significa que es vital, que la puedo introducir en mi manera de vida. Si no puedo hacer nada con esa respuesta, ¿para qué la quiero? Si la respuesta no va a pasar nunca más allá de mi mente, ¿para qué la quiero? Si la respuesta no resuelve mis problemas ni mis dolores, ¿para qué la quiero? Esta es, pues, una filosofía para la vida, práctica, atemporal. Es la que, creo, buscamos todos...

# 02 El Hombre y sus Cuerpos

Delia Steinberg Guzmán



Tal vez tenga que explicar antes de adentrarnos en el tema, el porqué de este título, y el porqué de este plural, cuando nos hemos acostumbrado a pensar más bien en el cuerpo, y en un "cuerpo", el único que nos acompaña, vemos, tocamos y que nos ofrece una serie de sensaciones vitales a las que reconocemos.

Sin embargo, debemos aclarar que el hecho de percibir un solo cuerpo en nosotros, no significa que no existan otros planos, otros vehículos de expresión o de existencia.

Cuando decimos que en realidad hay un solo cuerpo, probablemente estamos cayendo en un error que podría considerarse desde dos puntos de vista: o bien, los otros cuerpos, vehículos, expresiones, planos, o como se les quiera llamar, están muy poco desarrollados y no los percibimos y, sencillamente hablamos de aquello que tenemos al alcance de nuestra razón: o bien, nos hemos habituado a otorgar muy poca importancia a esas otras expresiones diferentes de las del cuerpo físico que al no ofrecer ningún interés para nosotros, no entran dentro de nuestro quehacer consciente.

Sin embargo, por poco que analizásemos, veríamos que además de nuestro propio cuerpo, hay muchas otras expresiones vitales que nos acompañan y que no son estrictamente físicas.

Cuando sentimos calor o frío, es muy difícil centralizar el sitio en donde está el calor o el frío; cuando sentimos sed, la boca se seca, pero es muy difícil hablar de la raíz de la sed; cuando tenemos miedo, cuando estamos angustiados, cuando esperamos algo, no podemos localizar en ninguna parte del cuerpo la angustia, la ansiedad, la espera. Cuando pensamos, razonamos y cuando en nuestro interior damos vueltas a varias ideas; ¿dónde localizar esas ideas? Cuando dudamos entre una cosa y otra, ¿dónde localizar la duda?

Así, todos los días nos movemos dentro de una cantidad de planos que no son estrictamente físicos, y es a estos planos, a estas expresiones del ser humanos, que no son estrictamente materiales, a los que vamos a llamar "Cuerpos" para entendernos, y para explicar esas diversas facetas humanas, con la misma simplicidad con que hablamos de este cuerpo físico que nos acompaña continuamente.

Pero, hay que aclarar, que cuando hablamos del "Hombre y sus Cuerpos", cuerpo físico y concreto hay uno; los otros, no son ni tan físicos, ni tan concretos. Su existencia física -que la tienen- es mucho más sutil y se nos escapa de entre las manos y de la posibilidad de definición. Es decir, que hablaremos de varios cuerpos, pero que no tienen todos, la misma consistencia. Estableceremos una relación que va desde lo más concreto, empezando desde abajo, desde aquello que más pesa hacia lo sutil, situando lo más sutil arriba, como aquello que es más aéreo e inconsistente.

En nuestro cuerpo físico, tenemos una serie de sentidos que nos ayudan a manejarlo, a conocerlo y a sentirlo. Y en nuestros cuerpos sutiles, tendríamos, según muchas tradiciones recogidas por la antigüedad, otros sentidos también sutiles. Claro está, mucho menos desarrollado en nosotros, pero que nos ayudarían a percibir, comprender y trabajar, perfectamente, con esos cuerpos sutiles.

Aceptemos que los sentidos sutiles son embrionarios en todos los seres humanos. Pero aceptemos que embrionarios o no, existen. Hagamos uso de ellos por un instante. Hagamos un pequeño esfuerzo interior, de sutileza y veamos un poco cuáles son estos cuerpos, que constituyen al hombre.

Nada de lo que aquí digamos es nuevo; jamás hemos pretendido traer ninguna novedad exótica y diferente a las que se puedan decir en otras partes del mundo. No es nuevo; yo diría por el contrario, que es demasiado viejo. Hablar del hombre y de sus "Cuerpos" es tan viejo como hablar del hombre; es retrotraerse por fuerza a las antiguas civilizaciones, a esas viejas civilizaciones iniciáticas con grandes Escuelas, Sabios, Pensadores, Filósofos, Artistas. Hombres preocupados no sólo por la realidad concreta, sino también, por la realidad sutil del ser interior, del alma, de la existencia en estados diferentes al del cuerpo único que conocemos.

Todas estas viejas enseñanzas, a la hora de hablar de los cuerpos del hombre, lo refieren bajo la forma de la "Constitución Septenaria" del hombre, según la cual el Hombre tendría siete Cuerpos o vehículos de expresión. Un número que por su misma magia y contenido, nos hace reflexionar rápidamente de que somos cabeza de una clave que predomina en toda nuestra naturaleza.

En la Naturaleza, el número siete aparece implicado en gran cantidad de elementos. Nos manejamos físicamente con una escala sonora de 7 notas o sonidos. Nos manejamos con una gama de 7 colores. Los Ciclos humanos son de 7 etapas. Cuando se analiza la vida de pequeños animales, sus ciclos, sus períodos de crecimiento y reproducción, todos se rigen septenariamente. Las fiebres de nuestras enfermedades, por curioso que parezca, suelen responder también a ciclos septenarios.

En general, todo en la Naturaleza parece estar dividido en siete; y respondiendo al Siete, artistas, pensadores y filósofos, siempre lo han preferido, e incluso, han tratado de encontrar un significado a todo esto. Un significado que quizás esté escondido en la magia de los números, que desde hace tantos siglos preocupaba a un Pitágoras, un Platón; y que los hacía hablar a ellos también del ritmo septenario que anima a toda nuestra naturaleza.

Y estando toda la Naturaleza como encuadrada dentro del 7, era lógico que también situasen al hombre en este mismo número, y se hablase de 7 cuerpos para el hombre.

Veamos cuáles son estos 7 cuerpos. De lo más concreto a lo más sutil están: el CUERPO FÍSICO, del que no vale la pena que hablemos mucho ya que es el que mejor conocemos, lo maltratamos y lo movemos de un lado a otro, y sabemos perfectamente cómo es por cualquier tratado de anatomía. Éste que es "el cuerpo", ¿quién no lo conoce?, ¿cuántas veces al día no nos miramos al espejo y nos descubrimos reflejados en esta presencia física que nos es tan querida, desde el momento en que hemos venido a la tierra?

Pero este cuerpo físico, no lo es todo. Siguiendo con nuestra escala en dirección a lo más sutil, encontraremos otro vehículo de expresión que vamos a llamar CUERPO VITAL O ENERGÉTICO.

Decían los antiguos, cuando querían explicar la diferencia entre cuerpo físico y vital, que imaginásemos dos cuerpos humanos: uno vivo y otro muerto. El cuerpo vivo pertenece a alguien que está durmiendo y el cuerpo muerto, está tendido también, a simple vista casi no se podría reconocer ninguna diferencia entre uno y otro. Pero tocando a ambos, aparecen diferencias: Uno tiene calor, el otro no; uno tiene color porque la sangre fluye, el otro está mucho más pálido y blanco; uno tiene capacidad de movimiento, porque aquel que está durmiendo puede ser despertado; el otro ya no tiene capacidad de movimiento, y ninguna energía vital existe ya que lo recorra.

Por lo tanto, este cuerpo vital es una corriente de energía, es una fuerza que nos recorre íntegramente y que nos impide movernos, hablar, expresarnos y manifestarnos con esas cualidades que nos hacen reconocernos como "seres vivos". Es, en una palabra, toda la vitalidad nuestra. Esos deseos contenidos que a veces no podemos expresar, pero que nos hacen sentir ansias de correr, saltar, andar, brincar. Es eso que anima tanto a los niños y nos hace decir: "¡Estate quieto un instante!", pero el niño, pletórico de vitalidad, nos respondería que no, pues por algún lado hay que dar salida a esa energía.

Siguiendo un poco más, nos encontramos con otro cuerpo, muy conocido por todos nosotros aunque no lo hayamos tratado como cuerpo. Se trata de nuestro cuerpo psíquico, el de las emociones, al que podríamos llamar: "CUERPO EMOCIONAL", para reconocerlo.

En él descansan todas nuestras pasiones, nuestras emociones, nuestros sentimientos, y que, todos en conjunto, reconocemos como vida psíquica. Aquí somos capaces de oscilar entre la ira más terrible, y el sentimiento místico más exaltado. Pero todo lo que sea sentimiento, vive dentro de este universo. Todo aquello que nos hace tender hacia algo, buscar algo, amar o rechazar algo, vive dentro de este plano.

Éste es un plano que si bien nosotros solemos decir que manejamos y poseemos, en realidad, por lo poco que le conocemos, es un plano que nos maneja y nos lleva, puesto que es bien poco lo que sabemos dominar nuestras emociones, y sí, en cambio, es mucho lo que nuestras emociones pueden con nosotros mismos.

Más adelante, nos encontraremos con la "Mente", ésta es una mente concreta; es nuestro "CUERPO MENTAL CONCRETO", que se distingue por una capacidad que reconocemos como propia de los humanos: el raciocinio, el poder manejar ideas.

Pero ésta es una mente muy concreta; es la que usamos a diario. Es la que razona, pero ¿con qué cosas razona? Con las que tenemos a diario. Solemos preguntarnos: ¿Me levantaré hoy bien o mal? ¿Me irá hoy bien o mal? ¿Hará frío o calor? ¿Me encontraré con mis amigos? ¿Con qué dificultades me encontraré hoy en el trabajo? ¿Tendré tiempo de comer al mediodía? ¿Podré descansar por la noche?

Es una mente muy simpática ésta; el "yo" lo tiene en caracteres enormes. Y el "lo que yo quiero, lo que a mí me beneficia es lo que me preocupa", es lo que interesa a esta mente. Y la gran mayoría de los razonamientos que realiza, los centraliza, dirige y refresca este "yo". Es una mente interesada, egoísta, y no en un aspecto malo, sino en el sentido de que está fundamentada en los requerimientos de este "yo".

Avanzando un poco más, hablaremos de otro cuerpo mental que ya no es tan concreto. Éste es un "CUERPO MENTAL PURO"; es una mente muy semejante a la otra y que como única diferencia ya no piensa tan sólo en lo que al "yo" le importa. Tiene más capacidad, es pura, se lanza hacia delante. Concibe no solamente la existencia de uno mismo, sino también la de otros seres. Ve otras necesidades, tribulaciones, sentimientos.

Así, esta mente concibe por primera vez, qué es esto que llamamos Humanidad, qué es este conjunto de seres que convivimos en este planeta en el cual nos encontramos.

Esta mente pura concibe el altruismo, el desprendimiento; es capaz de generosos actos, de pensamientos nobles e ideales. En general, todas esas ideas especiales que solemos conjugar bajo la denominación de Ideal; ideales de vida, de pensamiento, viven más en la Mente Pura, que en la Mente Concreta.

Y dando otro paso, nos encontraremos con un "CUERPO INTUICIONAL" Y, ¿qué es la Intuición? Más que definirlo exhaustivamente, podríamos pensarla como esa "corazonada", esa sensación que a veces tenemos de que algo va a suceder, ese presentimiento con el que nos manejamos muchas veces.

Pero, la Intuición es mucho más. La Intuición no es para nosotros presentir; la Intuición es una forma especial de conocimiento que supera en mucho a toda forma de Conocimiento mental. Porque la Intuición no necesita pensar mucho acerca de las cosas, ni utilizar demasiadas ideas. No necesita razonar excesivamente, hasta desgastar aquello sobre lo cual estamos razonando.

La Intuición capta. Es como una mano abierta que sin pensar coge las cosas y las trae hacia nosotros rápidamente. La Intuición es un golpe, es como un impacto en nuestro interior. No funciona la Intuición con las cosas pequeñas, sino con las grandes ideas, las grandes verdades, los grandes conceptos. Con aquellas cuestiones que de tan sutiles e inefables, no caben ni en las palabras, ni en las definiciones, ni en los razonamientos. Es la Intuición la que va hacia ellos, y los trae hacia nosotros.

Sé que esto puede parecer algo más difícil, pero pongamos un ejemplo para ver que no es tan extraño como pueda parecer. Todos tenemos intuiciones, especialmente en aquello que se refiere a las grandes verdades. Para estas verdades de fondo, para estas ideas que nos conforman como seres humanos, todos tenemos esa impresión de verdad.

Hagamos una prueba; todos alguna vez hemos sentido un impacto, un choque; como una comprensión rápida y decisiva. Todos hemos sentido alguna vez algo así como una revelación y llevados por nuestro entusiasmo, hemos intentado comunicar esa revelación que habíamos presentido, pero cuando quisimos hablar de ello, hemos comprobado que las palabras no salían y la dificultad de expresión era máxima, que aquello que para nosotros había sido categórico, definitivo, importantísimo, al traducirlo en palabras se tornaba pequeño, pobre, incapaz de reflejar ni siquiera básicamente aquello que había sido una realidad interior para nosotros. ¿A quien no le ha pasado alguna vez?

¿Por qué razón? Porque una idea que había penetrado directamente a través de la Intuición, nosotros la queríamos reflejar a través de otro vehículo; la mente, por ejemplo, pero como la mente no lo había recibido, en el momento de expresarlo no conocía casi de qué se trataba aquello que intentaba explicar e hizo de manera torpe y pobre.

Y habiendo hablado del Vehículo Intuicional, sólo nos queda referirnos al último, al que conforma el septenario y que es un cuerpo tan sutil y especial, que muchas civilizaciones le han llamado el Espíritu, la Chispa Primordial, aquello que está en el Hombre. Pero para utilizar una expresión más comprensible, le llamaremos "CUERPO DE VOLUNTAD".

No se trata de una voluntad caprichosa que diga "yo quiero", "yo deseo", "yo he de hacer tan sólo lo que me plazca". No, ésta es una voluntad diferente. Es la voluntad de EXISTIR; es la Gran Voluntad que sostiene todos los Mundos, y que originó todo el Universo. Es esa enorme Voluntad, que también está ubicada en el ser humano, como Fuerza piramidal y fundamental, que desciende a través de todos los demás vehículos, otorgándoles vida y expresión. Éste es, pues, el "Séptimo Cuerpo"; el Cuerpo de Voluntad.

Así, someramente, hemos nombrado todos aquellos vehículos que pueden constituir al Hombre. No obstante, no pensemos que por el hecho de haber colocado sus cuerpos de arriba abajo, están uno encima del otro. No pensemos que el cuerpo físico está apoyado en la tierra y los demás por encima de éste como si fuesen distintos caparazones.

No imaginemos tampoco que están aislados unos de otros. Existe un tipo de relación entre todos ellos; ésta es tan interna y estrecha, que se interpenetran y benefician entre sí. Hoy podemos hablar de las posibilidades "psicosomáticas" donde intervienen al mismo tiempo, el cuerpo emocional y el físico. El uno tiene influencia sobre el otro. A veces, un desarreglo emocional nos enferma físicamente; una dolencia física nos desequilibra psíquicamente. Otras veces, una dolencia física o una carencia de vitalidad nos traba mentalmente. Así, los cuerpos están relacionados unos con otros; trabajan entre sí de tan extraña manera que, como nunca los hemos llegado a conocer, también nos resultan difíciles de poder explicar claramente y con palabras de nuestro lenguaje.

Tampoco pensemos que hay cuerpos más importantes que otros. Para la evolución, absolutamente todos nuestros cuerpos son necesarios. Podríamos tener unos sentimientos maravillosos y sutilísimos, pero si no tuviéramos también un cuerpo para expresarlos, una voz para lanzarlos, una pluma para escribirlos, un gesto para darlos a entender, ¿qué sería de los sentimientos entre los seres humanos?

Todos son necesarios. Llamaremos "vehículos inferiores" a aquellos que de momento nos diferencian como seres humanos; por ejemplo, una mente, una capacidad de razonar. Y llamaremos "vehículos superiores", a aquellos que todavía son casi un sueño para el ser humano; como por ejemplo, una mente totalmente pura, una posibilidad de intuición, una voluntad limpia, firme y decidida, como una hoja de acero brillante.

Estas Viejas Escuelas, a las que me refería anteriormente, que hablaban de todos estos temas, y que han encontrado las relaciones que conforman al hombre; nos explican que no todos los cuerpos son vivos y activos en el presente momento evolutivo de la Humanidad.

Todos están ahí, algunos desarrollados, otros latentes. ¿Cuáles son los desarrollados? Son los cuatro inferiores: el Cuerpo Físico, su Vitalidad, las Emociones, y la Mente Concreta. Éstos constituyen para la Humanidad actual el mundo en el que nos movemos. Mientras que permanecen latentes, en espera de desarrollarse paulatinamente, esos otros tres principios: la Mente Pura, la Intuición, la Voluntad.

Simbólicamente, y haciendo uso precisamente de los símbolos que nos dejó en patrimonio la Antigüedad, representaremos a los cuatro cuerpos inferiores con un cuadrado . Este cuadrado, simboliza los 4 vehículos activados por la Humanidad. Y, representaremos los tres cuerpos superiores, con un triángulo que simboliza lo que ha de activar y desarrollar alguna vez la Humanidad.

A todo esto, nuestra psicología suele hacer aparecer un elemento curioso dentro de este esquema: es LA CONCIENCIA. ¿Qué es la conciencia para el hombre?, ¿dónde está?

Si podemos imaginarnos el esquema de los siete cuerpos como un edificio de varios pisos -aunque esta consideración la vamos a hacer nada más que a título pedagógico y descriptivo- la Conciencia sería el ascensor de este edificio; es aquella iluminación, aquel elemento que va y viene por los distintos cuerpos. Es el elemento que se desplaza de arriba hacia abajo y viceversa, según donde nosotros podamos detenerlo.

Si lográsemos colocar este ascensor en cada uno de los planos, detenerlo un instante, reconocerlo, comprender esta posibilidad de existencia y de expresión, veríamos que también depende de nosotros el poder dejar la conciencia en los planos superiores, y evitar que baje con tanta rapidez como suele hacer, a los cuerpos inferiores. La bajada es la cosa más fácil que se pueda dar; se investiga y siempre está abajo, porque como nuestras exigencias casi siempre son corporales, atraemos la conciencia hacia nuestras necesidades corporales.

Volvamos por un instante a la división hecha de los cuerpos que poseemos, en cuatro, y en tres. Los cuatro cuerpos que poseemos y a los otros tres que constituyen un futuro; es lo que los antiguos esoteristas solían llamar: el CUATERNARIO INFERIOR y la TRIADA SUPERIOR.

Al Cuaternario, al conjunto de los cuatro cuerpos actuales y reconocibles, se les suele llamar "LA PERSONALIDAD", a diferencia de lo que a veces nos enseña normalmente la psicología. Y al conjunto de los tres cuerpos no activados, los tres cuerpos superiores, se les suele llamar "INDIVIDUALIDAD".

Es decir que el cuaternario es "La Persona", la palabra muy bien empleada puesto que, por raíces griegas y latinas, "persona" significa la "máscara" que usaban los actores en el teatro. Y para los seres humanos, este conjunto de cuatro vehículos, es la máscara, esa pantalla con la que se cubre el alma para poder aparecer en el Teatro de la Vida.

De ahí que los antiguos llamasen a estos cuatro vehículos inferiores la "personalidad", la máscara, el disfraz, la cobertura, lo que está por fuera.

Sin embargo, es curiosa la denominación de los tres vehículos superiores que constituyen la "individualidad"; lo que es indiviso, lo que no puede partirse, lo que constituye una Gran Unidad. Esto que es indiviso, es lo que bajo distintas formas hemos encontrado como alma, como Yo Superior, como el Hombre Verdadero, como el Ser Interior. Así, nos encontraríamos con una problemática que aunque sea de pasada vamos a mencionar.

La personalidad es la parte perecedera del ser humano; es la que lleva a la vida y desaparece con ella. Es la máscara del actor; a la hora de actuar se la pone delante del rostro; termina la acción, y la máscara desaparece.

Sin embargo, lo Indiviso, lo que es Único y constituye algo Inamovible, esto no viene y va; esto permanece, es eterno.

Así, podríamos hablar de un hombre perecedero, en cuanto al cuaternario, y de un hombre Inmortal en cuanto a la Tríada.

Surge aquí la pregunta que no puede faltar: ¿Qué pasa con el hombre cuando muere? ¿Qué pasa con sus cuerpos? Lo que ocurre con el cuerpo físico a la muerte del ser humano, todos lo sabemos más o menos. Empieza por quedarse quieto, muy frío, y a descomponerse paulatinamente. La Vitalidad se va, sale del cuerpo inerte, y también este conjunto energético se disgrega. Pero se disgrega un poco después que el cuerpo físico, tarda un poco más. La prueba está en que en muchas oportunidades se ha podido comprobar, en el cadáver que permanece expuesto durante algún tiempo, los cabellos y las uñas siguen creciendo.

La corriente de energía que había dentro continuó su recorrido, aunque por un corto espacio de tiempo.

Poco a poco se disgrega también este cuerpo vital, y he aquí que la conciencia ya sin cuerpo y sin vitalidad, se coloca en el mundo de las emociones. Si el ser humano que abandona la tierra sufre enormemente por haberse ido de ésta, lo más probable es que permanezca en su mundo emocional durante bastante tiempo sin ser capaz de desprenderse de él. Pero si reconoce por estudio o por evolución, que es necesario abandonarlo indefectiblemente, se separará de su cuerpo físico serenamente, pasará a su período de descanso, de sueño, que algunos llaman "Sueño Eterno", y que otros sabios no lo han considerado ni tan eterno ni tan largo.

Si hemos hablado de un cuerpo que perece y de otro que no perece, muchos pueblos nos han explicado que ya que la Individualidad, la Tríada, no perece, puede reencarnar. Y nos planteamos aquí un nuevo problema: la relación de los cuerpos del hombre con la teoría de la reencarnación.

¿Es que esta Individualidad que permanece después de la muerte vuelve a aparecer? Muchos sabios y filósofos han asegurado que sí, que efectivamente esta Tríada, estos Tres Principios Superiores que conforman al verdadero hombre, así como una vez tomaron una máscara y se presentaron en la vida, y actuaron; aprendieron y experimentaron. Luego de muertos, luego de haber descansado y repuesto fuerzas, vuelven a tomar otra máscara, otra apariencia, otra personalidad con la cual aparecen una vez más en la tierra.

Otra vez la larga Escuela de la Vida, con sus ... alegrías, dificultades, éxitos... Y otra vez la máscara se desgasta, la personalidad que cae; la tríada que permanece, que descansa y retorna... Así, durante largos y largos períodos hasta que finalmente, logra deshacerse de las trabas que representan cada uno de los vehículos inferiores y logra, por el contrario, que la Conciencia, cual una luz poderosísima, se centralice en la Voluntad, en el Principio más Puro, y ya no se mueva nunca más de allí.

Hablar de los Cuerpos del Hombre, nos sigue planteando preguntas. ¿Qué relación tienen éstos con la llamada EVOLUCIÓN? ¿Acaso el desarrollo de estos cuerpos indique distintas formas de evolución? Siempre se nos ha enseñado que sí, que efectivamente están en estrecha relación con el desarrollo evolutivo.

Se nos dice que el cuerpo físico que tenemos, nuestra parte material y concreta, es lo más parecido que tiene el hombre a una piedra. El cuerpo físico solo, es como una piedra. ¿Quién sabe si -refiriéndonos a viejas enseñanzas- no fue alguna vez una piedra? Y hoy, hemos convertido a nuestro cuerpo físico en una piedra muy perfeccionada que hemos arrastrado a través de eones de evolución, de ensayos y pruebas, hasta obtener esta piedra formada con todos los materiales que conforman la tierra, pero adaptada de tal suerte, que nos sirve a nosotros como medio de expresión.

De igual modo, nuestro cuerpo vital es lo más parecido que tenemos al reino vegetal, ya que tiene igual que éste, energía, vitalidad; crece, se desarrolla, se expande. Se manifiesta a través de una fuerza energética que le permite a las semillas romper su caparazón, abrirse paso a través de la Tierra, salir a la luz, levantarse y crecer verticalmente. Éste es el mundo de las plantas, ésta es nuestra vitalidad.

Se nos dice que el cuerpo emocional es lo que tenemos en común con el reino animal. Los animalillos, y sobre todo los que son domésticos, los que hacen compañía al hombre, tienen emociones. Y tanto es así, que muchas veces -sin pretender ser por ello originales- son mejores sus sentimientos que los de los mismos hombres.

Cuántas veces se ha podido comprobar que hombres y animales, a través del mundo de las emociones, se entienden perfectamente bien.? Solemos poner al animalito que queremos, apodos inverosímiles, y le llamamos con los nombres más cariñosos, y el animal nos responde como si nos comprendiese perfectamente. Hasta ocurre que entiende todo aquello que le sucede al amo, sus estados de ánimo, etc., y le hace compañía aunque sólo le falte hablar; hay una sensación cálida, de sentimiento, de algo que vibra a nuestro lado. Esto es, pues, como nuestro mundo animal, y sería maravilloso que todos los seres humanos tuviésemos ese mundo animal tan simple y tan puro que acabamos de describir.

Hay también en nosotros el mundo animal de las fieras, de las bestias, de lo salvaje. Ese mundo animal que irrumpe, que deforma, que nos hiere y que nos quiebra, y que hace tanta fuerza en nosotros mismos, hasta llegar a enfermarnos.

Por eso decíamos antes, que toda la gama de emociones y sentimientos caben en esta expresión. Si un hombre no tuviese más que el cuerpo físico, sería como una piedra; si nada más que cuerpo físico y cuerpo vital, sería como un árbol. Si tuviese además un cuerpo emocional, en el bueno y en el mal sentido, en su nobleza y en su fiereza, sería como un "animal". Para ser "Hombre" y expresar su evolución y su grado, tiene que tener una mente que sea razonadora, benditamente razonadora, que tantas cosas nos ayuda a comprender, y tantas otras rompe, tejiendo y destejiendo a tanta velocidad, tan deprisa y muchas veces con tanta inhabilidad, que en lugar de permitirnos ver aquello que queremos ver, nos lo esconde, nos lo desdibuja, nos lo destroza y aprisiona entre las ramas de la propia red del pensamiento.

Hasta aquí al hombre en relación con su evolución normal. Pero, se nos enseña que la escala no termina en este punto, y que no podemos conformarnos con este estado que hemos alcanzado los seres humanos. Que hay algo más, que hay más fuerzas, más energías, más posibilidades y potencialidades que desarrollar. Y entonces, la evolución continuaría caminando hasta desarrollar esta mente, y así seguiría avanzando hasta despertar la Fuerza de la Gran Voluntad que existe en todos los seres.

La Conciencia obra aquí un papel fundamental, puesto que gradualmente nos ayuda a despertar cada una de estas llaves, cada uno de nuestros vehículos. La conciencia nos hace Hombres, nos hace verdaderamente Humanos cuando, permitiéndonos subir de punto en punto, nos permite también colocarnos por un instante entre el límite de la persona que muere y el alma que permanece.

Es el límite entre la máscara que está destinada a desaparecer, y ese otro individuo que está siempre presente. Cuando llegamos a este límite es cuando el hombre por fin advierte algo importantísimo: ya sabe que tiene un cuerpo que muere, que puede vitalizarse; ya sabe que siente y que piensa. Pero ahora sabe además que es INMORTAL, conoce su inmortalidad. Advierte que hay algo dentro de sí que está más allá de esto que se gasta, se envejece y se muere.

Cuando el Hombre tiene conciencia, no ya de sus principios inferiores, sino cuando toma conciencia de esa capacidad de persistir, de esa virtud de su inmortalidad, entonces sí, por fin hablamos de "HOMBRE".

Sería bueno preguntarse también, cómo desarrollar en nuestros otros cuerpos la misma atención y cuidados que aplicamos al físico, obtendríamos en todos ellos una salud y un desarrollo equivalente al de nuestro cuerpo físico. Cuando crecemos de niños y se nos ayuda y educa, hay una patente preocupación: la de que el niño duerma, coma; que no se lastime, ni se manche, etc. Si pusiésemos esa misma atención en los demás principios, ellos también se verían vitalizados.

Para desarrollar un cuerpo vital y mantenerlo sano, puro y limpio, hace falta algo que no se puede recomendar de viva voz hoy, en el mundo que nos ha tocado vivir tan contaminado. Haría falta contacto con la Naturaleza y nosotros estamos auténticamente sumergidos en las megalópolis. El contacto con la Naturaleza se ha tornado anecdótico.

Respirar aire puro, sí, si tenemos aparatos purificadores, porque de lo contrario lo que respiramos es indescriptible. El ver una hoja, una flor, sí, de invernadero. El observar el cielo, sí, a través del manchado de una ventana. Las estrellas, las tres o cuatro que alcanzamos a ver por entre el mismo cuadrado de esta ventana; el viento, es algo molesto ante el que cerramos ventanas y puertas. La lluvia es algo que ensucia a los automóviles. La Naturaleza ha dejado de ser Naturaleza, para nosotros... Y por esto esta perpetua sensación de cansancio que amontonamos los humanos.

¿Cómo desarrollar y mantener sano nuestro cuerpo emocional? Muy simple: seleccionando nuestros sentimientos. No hace falta explicar cuáles son los buenos y cuáles los malos. ¿Hay alguien que quede satisfecho tras un ataque de hígado? Sólo con mirarse por dentro durante un instante, uno puede llegar a sentir verdadera repulsión ante sí mismo. Nos parece por momentos que estamos oscurecidos, envilecidos, deshechos. Se trata pues de cuidar nuestros sentimientos; dirigirlos, seleccionar los nobles, los buenos y elevados, potenciarlos. Un sentimiento se cuida, se mantiene y protege; no sólo se barren las calles y se lavan los cristales, no sólo se manda la ropa a limpiar, también un cuerpo emocional debe cuidarse.

Pero ¿qué nos sucede ahora a los humanos que nuestros sentimientos duran tan poco? ¿Por qué cambiamos de sentimientos como se cambia de ropa, o con mucha más rapidez todavía? Porque no se cuidan, no se protegen, no se mantienen, no se alimentan; y un sentimiento en estas condiciones, muere.

Mueren los buenos y delicados sentimientos, y se mantienen, generalmente, las bajas potencias tan ancestrales e instintivas que forman parte de nuestra naturaleza en su plano inferior.

¿Y cómo mantener un cuerpo sano en lo que a la mente se refiere? Elegir las ideas, seleccionar las conversaciones, las lecturas; elegir nuestras actividades, aquellas cosas que nos preocupan, las que queremos conocer. No se elige solamente un par de zapatos, un peinado; pensar también puede elegirse; y, muy importante; DEBE ELEGIRSE, DEBE SELECCIONARSE.

Un Hombre DEBE TENER IDEALES, puesto que sin ellos está seco, está muerto, pues aunque aliente, vegeta. Si no tiene nada bueno en qué pensar, nada con qué soñar, nada por lo cual trabajar; si simplemente vive por las horas que pasa en su trabajo y las que pasa en su casa ¿qué es la vida?, ¿dónde está el porqué de su existencia?, ¿dónde el porqué de nuestras entidades interiores?

Por lo tanto, también la mente debe cuidarse y debe llenarse de sanos y profundos ideales.

Así es probable que llegásemos, poco a poco, a buscar y a conformar un cuerpo espiritual. Cuerpo espiritual que está tan falto de alimentación en esta civilización en que vivimos. Nuestra civilización protege el cuerpo, lo cuida. Los derechos humanos, generalmente han sido hechos para los cuerpos. De los derechos humanos del cuerpo para adentro, se acuerda muy poca gente. De la dignidad interior, nadie se acuerda. De la posibilidad de despertar el espíritu, de generar grandes pensadores, místicos, sabios, artistas, científicos, etc., nadie se preocupa hoy, desgraciadamente.

Esto no es imperante, no sale en los periódicos, esto no se vende, no tiene mercado...

Hoy se nos educa sólo para ver aquello que es visible a nuestros cinco sentidos corporales. Los demás, como no dan dinero, no preocupan.

Es por eso que todos los cuerpos deberían ser alimentados, cuidados y desarrollados en el hombre. Sin ello, jamás conseguiremos esto que tantas veces decimos, ese viejo aforismo: CONÓCETE A TI MISMO, que es un reto, un desafío para el ser humano. Que supone posiblemente una vida compleja, llena de dificultades, porque conocerse a sí mismo, no es fácil y agradable. Conocerse a sí mismo puede llegar a ser terrible, amargo, tremendo; puede llegar a suponer llantos y dolores diarios.

Conocerse a sí mismo es recuperar un gran compañero que hemos perdido casi desde que hemos nacido: NOSOTROS MISMOS, a quien tan poco conocemos y con quien tan poco llegamos a convivir. Y si nos conociésemos interiormente lograríamos ese otro milagro: conocer a los demás. Saber que aquello que nos preocupa también preocupa a los demás. Saber que aquello que es válido para nosotros, puede serlo también para otros seres humanos. Saber que aquello que nosotros soñamos pueden soñarlo también otros seres. Saber que aquello que queremos lo quieren muchos seres más. Y juntar por fin manos, no ya manos físicas, sino poder juntar esas otras manos interiores; esa otra fuerza espiritual profunda de Hombre a Hombre que pueda tender un lazo. Ese lazo de unión que tanto nos hace falta en estos momentos de la vida.

Tal vez, de esta forma, lográsemos ese otro viejo aforismo que no es tan difícil de hacer realidad: "ASÍ ES ARRIBA COMO ES ABAJO". Y lo que aquí abajo vemos, arriba también es realidad; en otra escala, pero realidad también. Y podemos preguntarnos: ¿Hemos llegado a conocernos a nosotros mismos? ¿Hemos llegado a concebir la Humanidad como conjunto del que todos formamos parte? ¿Por qué? Porque, tal vez, en un momento nos hemos detenido a analizar estos "aspectos" que configuran al ser humano. Tal vez, de esta "división" hemos logrado una Gran Unión. Tal vez, hoy hemos podido expresar muchos "cuerpos": un solo Hombre; muchos hombres: una sola Humanidad; muchas formas de vida: un solo Universo.

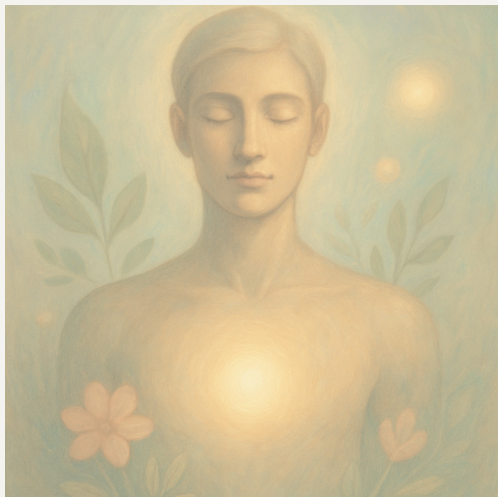
Tal vez, de esta forma, logremos centralizar, conjugar, reunir, confraternizar. Tal vez, con esta pequeña división que hemos logrado hacer, podamos llegar luego a una Gran Síntesis; a una elevada, inmensa, infinita y profunda Síntesis. A Aquello que lo abarca todo, que todo lo explica, que todo lo justifica.

Esa Síntesis que, siglos y siglos en el tiempo, que hombres a lo largo de la Evolución, han pronunciado a veces con voces muy altas y otras con voces muy bajas, muy íntimas y muy serenas... Esa Síntesis que está en cada uno de nosotros, y que es:

¡D I O S!

# 03 Los ideales del cuerpo y los ideales del alma

Jorge Angel Livraga Rizzi



Vamos, en lo posible, a aislarnos de este mundo que nos rodea por un instante, por unos minutos; de este mundo de máquinas, de conceptos y de publicidad que nos va conformando según una serie de ideas y una serie de moldes preestablecidos.

Yo os invito, humildemente, a que seamos filósofos y que tratemos de preguntarnos y preguntar a la Naturaleza qué es esto de los ideales del cuerpo y de los ideales del alma.

Sabéis que nuestra etimología ha sido vaciada, sobre todo en los últimos tiempos, de un contenido y de una exactitud. Hoy, las palabras carecen a veces de significado por sí mismas, necesitan ser explicadas; pero, más que ser explicadas, necesitan ser sentidas, necesitan ser vividas.

Estamos en un mundo en donde hay gran cantidad de explicaciones, en donde toda la gente trata de darnos soluciones y no darnos realmente preguntas. Y todos nosotros tenemos necesidad intrínseca, en el aquí y en el ahora, de preguntarnos sobre problemas fundamentales. Problemas tales como aquellos de ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿adónde voy?, ¿qué es este Universo que me rodea?, ¿qué es aquello que me mueve hoy a hablaros? y ¿qué es lo que os ha movido a vosotros a dejar vuestras comodidades, para venir a esta casa, donde tan pocas comodidades tenéis, para poder escucharme?

De alguna forma, en todos nosotros se contraponen, y a su vez se armonizan, los ideales del cuerpo y los ideales del alma.

Necesitamos tener una comodidad básica para el cuerpo para poder hablar y poder oír, y necesitamos tener también una incomodidad básica espiritual, un disconformismo interior para poder buscar cosas nuevas, para poder recabar en el mundo circundante esas soluciones, ya que estamos cargados de preguntas, estamos cargados de enigmas, y todo el Universo alrededor nuestro se nos presenta como un inmenso enigma.

Los hombres de todos los tiempos trataron de dilucidar este problema del cuerpo y este problema del alma. Según los momentos históricos, han pendulado los intereses entre estos dos extremos. En la más remota Antigüedad los hombres registran siempre, dentro de nuestras investigaciones, una búsqueda no solamente de un perfeccionamiento material, sino también de un perfeccionamiento espiritual.

Desde las viejas escuelas filosóficas de India, como la Vâishêshika de Kanâda, como la escuela Yoga de Patanjali; desde los remotos tiempos de Sumeria, en los cuales se quería ver, a través del héroe Gilgamesh y su compañero Enkidu, toda esta serie de aspiraciones del hombre para poder formar en esta Tierra un mundo mejor; hasta la lejana América, donde se soñó un hombre emplumado que se llamaba Quetzal-coatl que descendió hasta los infiernos para buscar las verdades primeras y traerlas a los hombres... en todas partes, en todo tiempo, se quiso saber qué era lo referente al cuerpo y qué era lo referente al alma; si este Universo es un simple aparato mecánico, o si tiene algo detrás de sí que lo justifique.

Preguntémonos, pues, en el fondo de nuestro corazón, una vez más, a través de los milenios, si existen realmente el cuerpo y el alma. Ha habido momentos en la Historia en los que se ha dudado de la existencia del cuerpo, y en otros, que se ha dudado de la existencia real del alma. Obviamente, no podemos, en una simple conferencia como ésta, dar un resumen de todas esas ideologías, posiciones, soluciones, preguntas, enigmas que el hombre ha tenido a través de los milenios. Pero podemos citar, por ejemplo, las corrientes habidas en el Extremo Oriente, que han negado la existencia del cuerpo.

Hoy nos parece algo casi ininteligible el negar la existencia del cuerpo. Pero, en India, con la teoría del Mâyâ o de la "Ilusión", se decía que el cuerpo realmente no existía, puesto que tenía una existencia efímera. Todas las cosas que nos rodean, incluso nuestros cuerpos, cualquier cosa, como también esta estatua, ¿existieron siempre? No. ¿Existirán siempre? No; se van a romper, se van a deteriorar por mucho que las cuidemos. Por ello, se trata de existencias condicionadas, que no duran siempre y están dentro del Tiempo.

Estas paredes realmente son físicas y materiales; sí... para mi mano que es física y material. Pero todos sabemos, y eso se sabía desde el principio del mundo, que existen fuerzas -ellos hablaban de "efluvios espirituales", de elementos energéticos cósmicos, hoy hablamos de ondas hertzianas, de rayos catódicos- que penetran a través de las cosas materiales y para las cuales éstas no existen como para nosotros. En un mundo que estuviese hecho de mantequilla, un golpe dado por un objeto hecho de mantequilla, en ese mundo parecería algo sólido y compacto. Asimismo, nosotros, inmersos en este mundo de hoy, estructurado materialmente, si nos consideramos sólo como seres materiales, nos parecerá que todo cuanto nos rodea es sólido y compacto. Pero, si pudiésemos quedarnos un momento en silencio, recogidos, oíríamos crujir los muebles de la habitación donde nos encontramos, los empapelados, los viejos cuadros... todo pasa, se va disolviendo en un polvo, todo se va cayendo y destruyendo. De ese mismo polvo fueron construidas las cosas.

¿Hasta dónde, entonces, tienen existencia real? ¿Hasta dónde existe el cuerpo? -se preguntaban los filósofos antiguos-. Y a partir de estos filósofos antiguos de la India, aún anteriores a los griegos, surgió la teoría del Mâyâ, de la ilusión y de que, por lo tanto, de nada sirve aferrarse a las cosas materiales. También Platón, llamado justamente el divino, nos decía que el hombre que se aferra a una silla de madera dura tanto como una silla de madera. Es decir, que el hombre que se aferra a lo pasajero, siente que se desliza y se va con lo pasajero.

Cabe preguntarnos si ante estas posiciones que parecen tan antinómicas - unas que desprecian la materia al grado de pensar que prácticamente es inexistente, que se disuelve entre las manos y que lo único que existe es el Espíritu, es Dios, es el alma, y otras que afirman que tan sólo existe la materia y que el espíritu no es nada más que una especie de tabú, un tema que no se toca muy profundamente por temor a que se derrumbe, o un instrumento en manos de un clero que ha querido explotar a los pueblos, o un escape ante el temor a la desaparición- puede haber alguna otra posición; porque los filósofos, como la palabra indica, tratamos de buscar la Verdad, buscar la Verdad donde esté.

Comúnmente, la imagen que se tiene del filósofo, es la de un señor que habla con palabras difíciles, que ha leído una serie de libros, que puede hablar de Platón, de Aristóteles, de Kant, de Schopenhauer, de Nietzsche, etc., etc., que es un señor un poco alejado, que vive en una especie de burbuja, que siempre está con muchos libros bajo el brazo, que tiene una vida muy rara y que casi es inhumano en su forma de ser... Pero esa es una imagen falseada del filósofo, es una imagen del filósofo amargado ante una angustia existencial.

El verdadero filósofo, aquel que siente en sí la Filosofía, es un hombre activo, es un hombre que busca, es un hombre que no tiene posiciones externas y que las sacrifica honradamente a una búsqueda interior, es un hombre que respeta todo lo que los demás hombres han dicho y buscado, pero él se pone ante la Naturaleza, ante el mundo circundante, en una posición ingenua, tratando de ver, por sí mismo, dónde está la Verdad.

Hemos perdido mucha de esa ingenuidad, tan necesaria para poder captar estos temas. Más que leer muchos libros y escuchar sólo conferencias - aunque esté en contra de mi propia actividad-, necesitamos volver a ese estado ingénito de nuestro propio ser para oír a la Naturaleza e interpretarla. Todos sabemos que ahora estamos en otoño y que caen las hojas. El otoño pasado cayeron hojas y el próximo otoño caerán hojas. Pero una hoja que cae hoy en algún lugar de Madrid, a la que el viento desprendió de algún árbol que no conozco, es, sin embargo, un hecho único en todo tiempo y en toda la Naturaleza. Él encierra en sí una belleza y una trascendencia, y el hombre que esté en presencia de eso puede captar por única vez ese fenómeno con todas sus cualidades y características.

---

Tenemos que tratar de dividir lo que pueda ser trascendente de lo que puede ser aparentemente intrascendente y que, sin embargo, nos toca. Aquí estamos hoy reunidos, aquí estoy yo conversando sobre este tema de los ideales del cuerpo y los ideales del alma; tal vez, muchos de vosotros estuvisteis en otra conferencia escuchándome sobre otros temas; tal vez, muchos de vosotros volváis a escucharme en otras muchas conferencias sobre otros temas, pero el día de hoy es único, este mismo instante es único.

Y, a pesar de que este momento pueda parecer intrascendente, de alguna manera es trascendente, en cuanto a que es la única vez que podemos captar esta experiencia de una determinada manera. Querámoslo o no, cuando nos separemos unos de otros dentro de algunos minutos, cuando ya no nos veamos las caras, seremos diferentes a lo que somos ahora; seremos mejores o peores, pero vamos a ser diferentes, nos habremos llevado algo que antes no teníamos: vosotros, mis palabras, y yo, vuestra presencia. De ahí que tenemos que tratar de enfocar este tema de la forma más sencilla, simple e ingenua, porque lo que caracteriza al filósofo no es -y esto, insisto, hay que borrarlo de la mentalidad de la gente- el tener una suerte de palabrería fácil, sino el poder provocar una comunicación directa que nos permita redescubrirnos a todos nosotros como filósofos, porque todos nosotros somos, en algún grado, filósofos.

El materialismo, sobre todo después de la época cartesiana, ha separado por un lado la Ciencia, por otro la Religión, por otro la Política, por otro el Arte... Esto ha creado dentro de la Humanidad verdaderas tribus con sus totems y sus tabús. O sea, que los literatos se reúnen con los literatos, los militares con los militares, los músicos con los músicos; y son muy pocos hoy los hombres y mujeres que tienen un interés humanista como para poder abarcar varios temas.

Es por eso que el mundo ha sufrido una explosión desintegradora. Antes de haber desintegrado el átomo nos hemos desintegrado a nosotros mismos. Hemos desintegrado a la Humanidad. Hoy estamos lejos los unos de los otros. Hoy nos encontramos que la música no tiene mensaje. ¿Qué temática tiene? ¿Qué significado? Eso solamente lo saben los autores de esa música o el pequeño grupo que les acompaña.

Cuando un escritor emplea palabras difícilísimas, crea una serie de aconteceres literarios que son completamente extranaturales, él lo puede comentar en un café con sus amigos o compañeros de ruta, pero nosotros, ante su artículo, por ejemplo, nos preguntamos qué pretende con todo eso. Ocurre lo mismo con los políticos: éstos afirman cosas que no entendemos, promesas que no se cumplen, y así, nos va viniendo cierto frío dentro del corazón y nos invade una sensación de soledad.

Si yo veo un cuadro que no entiendo; si oigo una música que no entiendo; si oigo a un político, pero me dice cosas sobre la administración, sin hablarme de la Política, es decir, de la conducción de los pueblos; si me encuentro con un sacerdote, pero no me habla de la inmortalidad del alma, sino de un problema económico, obviamente nos vamos quedando solos, nos vamos quedando separados, nos vamos quedando divididos y, entonces, optamos por ver la televisión o por leer un periódico o una revista, cada cual en su soledad, cada cual metido dentro de sí mismo. Y cuando hacemos diálogos, no hacemos diálogos, sino monólogos.

Por eso, yo, personalmente, creo muy poco en el diálogo y, generalmente, aun en las cosas más triviales lo podéis ver. Cuando un amigo se encuentra con otro, o una señora con otra, dice: "Hola, ¿cómo estás? Sabes, me han sacado una muela y me ha causado mucho dolor." Y el otro dice: "Ah, pues el año pasado cuando a mí me sacaron una muela... bla, bla, bla." Y otro señor dice: "Sabes, he pasado unas vacaciones muy buenas, he ido a Grecia y he estado en las Islas Cíclades..." "Calla, cuando yo estuve en México, hace cuatro años, aquella vez estuve en Teotihuacán..."

Cada cual habla de su propia experiencia, cada cual habla de sí mismo sin una comunicación humana; es el gran monólogo, sin diálogo, sin interés por las personas que tenemos enfrente, y las que tenemos enfrente, sin interés por nosotros. Ahora nos amontonamos, pero no nos encontramos realmente. Nuestros abuelos que no vivían con nuestras prisas ni con nuestros convencionalismos y sentían una mayor preocupación, una mayor solidaridad por sus vecinos y por aquellos que con los que compartían cualquier actividad, tenían tiempo para reunirse en tertulias, o en familia junto a los hogares; nosotros, que tenemos tantos medios de comunicación, sólo poseemos una especie de curiosidad por saber qué pasa por el mundo, sin poner calidez ni vivencia.

Mientras comemos, escuchamos o leemos las noticias: "Un hombre salvó heroicamente a un niño en un incendio", "Mil muertos en la guerra 'tal'". Pero sólo escuchamos por mera curiosidad. Estamos inmunizados ante lo que pueda sentir o sufrir el hombre; estamos inmunizados ante lo que pueda sentir o sufrir la Naturaleza. Hemos llegado a un extremado utilitarismo.

Pero me podríais decir que utilitarismo hay en toda la Naturaleza, donde todos los seres vivos tratan de ser útiles a algo, donde todos los seres vivos están en perpetua actividad, aun los que no consideramos como seres vivos -y perdonad, porque dije que no íbamos a entrar en cuestiones sutiles-. ¿Cuántas veces nos hemos detenido a observar un camino de hormigas, que van una detrás de otra llevando algo? ¿Y cuántas veces hemos visto las abejas apuradas en libar la miel o de qué manera se abre un pimpollo en la primavera? Todo rezuma actividad, todo rezuma una marcha, pero ¿una marcha hacia dónde?, ¿una marcha para qué?

Hagámonos preguntas primordiales: ¿Por qué germinan las semillas? ¿Por qué se mueven los astros en el cielo? ¿Por qué se desplazan los microbios? ¿Por qué corre el viento? ¿Por qué caen las hojas lentamente? ¿Qué es esta Naturaleza que da a algunas semillas alas como las del helicóptero para poder volar en la lejanía y apartarse de la mata principal? ¿Qué es esta Naturaleza que supo poner los elementos respiratorios de las hojas en su parte inferior para que el polvo no les impida la vida? ¿Qué es esta Naturaleza que ha dado color y perfume a las flores para atraer a las abejas y que así sirvan a la reproducción de las mismas?

El materialismo ha tratado de explicar esto como una reacción al medio, pero las nuevas investigaciones demuestran que la cosa no es tan simple. Por ejemplo, las investigaciones iniciadas por el batiscafo de Picard en las profundidades del mar, luego continuadas por otros, han hallado a miles de metros de profundidad una suerte de peces que tienen unas fosforescencias y unas luces sobre los ojos que les permiten ver en las tinieblas para lograr sus alimentos o atraer otros peces.

Existen unas mariposas que, al posarse en las ramas, muestran en sus alas una figura semejante a los ojos del búho para espantar a los pájaros. ¿Es que la mariposa, pequeño ser, un insecto, un lepidóptero que no tiene siquiera un sistema nervioso organizado, ni neo ni paleoencéfalo, pudo haber pensado alguna vez en engañar a los pájaros con unas alas pintadas como ojos de búho? ¿Es que podemos aceptar que esos peces de las tinieblas, completamente primitivos en su forma de ser, completamente desprovistos de lo que hace a una vida inteligente, puedan por sí mismos haber inventado estos elementos luminosos que atraen a otros peces y les permiten nadar con seguridad? ¿Es que podemos pensar que pequeñas semillas que no tienen nada, que son un poco de fibra vegetal, han tenido la inteligencia como para crearse una suerte de aleta, girando lejos de donde partió? No. Obviamente, desde el punto de vista natural, no. ¿Podemos, acaso, aceptar que la semilla haya ideado por sí sola esas alas para desplazarse, fenómeno redescubierto hoy con el principio del helicóptero? ¿Aceptamos, acaso, que las plantas carentes de sistema nervioso -hecho que sólo recientemente se comienza a intuir- hayan enderezado sus hojas de tal manera que su parte respiratoria esté en la cara inferior de las mismas o que hayan creado de por sí el fenómeno de la fotosíntesis?

Es obvio que, detrás de todas estas cosas, detrás de estos "ideales del cuerpo" que son el poder cazar, el poder comer, el poder sobrevivir, el poder nadar, el poder volar, el poder andar, existe algo que lo sobrepasa; existen los ideales de algo que está más allá del cuerpo. A esos ideales les llamamos los ideales del alma. La palabra alma, que viene del griego, significa y simboliza el "animar"; es aquello que da vida. Y en verdad, esta palabra es exactísima, o sea, que anima, que da vida, que justifica. Pensad en los árboles, que hundan profundamente sus raíces para poder resistir los vientos; esos árboles no hicieron un diseño arquitectónico para sus raíces. Hay algo más allá que ha diseñado las alas de las mariposas. Hay algo más allá que ha permitido a las pequeñas formas de vida, los microbios, poder sobrevivir y reproducirse. Hay algo que ha enseñado a las pequeñas células la partenogénesis, que no hemos inventado nosotros, simplemente la estamos descubriendo.

Hay algo que ha enseñado a los ácidos grasos la forma de comportarse dentro de un organismo y que ha enseñado a las vías nerviosas a entrecruzarse para hacer una conexión entre la parte cerebral y la parte corporal. Es así, entonces, que a ese "algo" que ha diseñado las cosas, a ese "algo" que dio forma esférica a los mundos -porque esa forma es la que permite una mayor relación entre volumen y superficie- le vamos a llamar Alma, le vamos a llamar Espíritu. Alma y Espíritu que también tienen que estar en nosotros, porque somos parte de la Naturaleza.

Hay, entonces, ideales del cuerpo, ideales en cuanto a técnicas. Las alas de un pájaro son algo verdaderamente muy elaborado; la mariposa con su camuflaje, del que ya os hablé; esos insectos que se vuelven verdes o amarillos, según la estación, para poder disimularse y no ser cazados. Todo eso nos habla de unos ideales del cuerpo... Pero, ¿para qué? Para algo que indudablemente está más allá del cuerpo.

Es evidente que la Naturaleza es la gran ecónoma; el hombre no inventó la economía. No es necesario que recordemos a Lavoisier y sus leyes para saber que en la Naturaleza nada se pierde, todo se transforma, y que hay ciclos naturales perfectamente pensados. Pensad por ejemplo en el grandioso plan que sigue, en general, la materia toda; pero quizás lo vemos más claro con las hojas, que en otoño caen de los árboles y se descomponen pierden su condición de hojas para tomar otra condición, la de abono que absorbe la tierra y queda fertilizada para el siguiente ciclo de primavera. Todos estos ciclos han sido pensados por una Inteligencia Universal que ha regido todas las cosas; y, si esa Inteligencia Universal ha ideado y regido el Universo del cual nosotros formamos parte, también nos tiene que afectar a nosotros mismos. Nuestro propio cuerpo hoy se moviliza, guarda una determinada temperatura, guarda una forma determinada, porque tiene en su interior algo que lo justifica. La prueba está en que, cuando nos morimos, ese cuerpo vuelve a sus substancias primordiales que lo integraban y pierde su forma, se descompone, es decir, que pierde aquello que lo justificaba en su existencia.

¿Cuál es, entonces, el ideal del cuerpo? El ideal del cuerpo es poder manifestar algo que está más allá del cuerpo en sí.

Nosotros no podríamos llegar a justificar jamás la existencia de un sistema nervioso si nos basásemos únicamente en las necesidades físicas de poder llevarnos el alimento a la boca o de poder excretar o de poder reproducirnos. Es obvio que se empleó en nosotros muchísima más energía en darnos una serie de instrumentos que aparentemente no tienen utilidad física y que, al contrario, hasta podríamos decir que arruinan al cuerpo. ¿Cuántos de nosotros, en nuestra mente, nuestra imaginación y fantasía, no producimos la enfermedad, la inquietud? Si ahora tuviéramos una discusión sobre un tema álgido y candente, a algunos les empezaría a transpirar las manos, otros estarían agitados, no podrían estar quietos, abrirían y cerrarían las manos. Es evidente que hay una vida psíquica, una vida invisible y una vida interior que se refleja sobre el mundo circundante. Pensamos nosotros que aquello que es interior, previo y posterior al elemento físico, es aún más importante que el propio elemento físico.

Con esto no quiero decir que el cuerpo no tenga importancia. No, yo no digo eso. El cuerpo y los ideales del cuerpo tienen importancia, pero están supeditados al alma, a los intereses e ideales del alma.

Los ideales del cuerpo son número; los ideales del alma son calidad. Aquellos que están con los ideales del cuerpo quieren muchos objetos; aquellos que están con los ideales del alma, en cambio, quieren seleccionarlos para poder tener una satisfacción interior. Muchos de nosotros gozamos más viendo un buen cuadro que comiendo un bocadillo; muchos de nosotros sacrificamos a veces una comida con un amigo para poder ver una nueva sala que se ha abierto en el Museo del Prado; muchos de nosotros... casi toda la gente lo hace; cada cual a su nivel y a su altura. No a todo el mundo le tiene que gustar lo mismo, porque ahí está el error -y ahí voy a insistir-, el error y el fracaso de la civilización materialista circundante.

Ésta ha creado tribus de gente, y aquellos que gustan de la pintura y van al Museo del Prado a ver, por ejemplo, una nueva sala de pintura italiana del Renacimiento, cuando ven a alguien que no gusta de eso, le dicen: "¡Inculto, bruto, ni siquiera sabe lo que se ha inaugurado en el Prado!"; y hay gente que no sabe nada de eso, pero que a lo mejor sabe cuál es el último concierto que se está dando..

.. o cuál es el último libro que ha aparecido o sabe de una puesta de Sol o sabe de un río que corre o sabe de artes marciales o sabe de coleccionar sellos o sabe de poesía o sabe de atender a su familia o a sus hijos... y esos son ideales también, que no podemos despreciar en los demás, porque si no, nos separamos, nos fraccionamos, y creamos un mundo de discordia y violencia.

Tenemos que entender que nuestro mundo está en crisis. La supervaloración de los elementos materiales nos han convertido en una suerte de manadas de lobos que se dan mordiscos unos a otros para arrebatar la presa. Tenemos que entender que en esto de percibir las cualidades del alma, no se nos va solamente un aspecto cultural, se nos va la vida misma; y no solamente la nuestra, sino también la vida de los seres que amamos, la vida de nuestros hijos, de nuestros padres, la vida de nuestros amigos, de las generaciones que vendrán, de los niños que van a llenar las cunas que todavía están vacías. Se nos va el futuro de la Humanidad.

La Humanidad se ha levantado; la Humanidad ha elevado montañas artificiales; la Humanidad ha secado los ríos y los ha vuelto a construir; la Humanidad ha hecho pantanos, ha cruzado los mares, ha llegado a la Luna y se comunica continente con continente porque tuvo una fuerza espiritual de aventura que la arrancó del lugar cómodo donde se hallaba y la proyectó hacia el Enigma, hacia el Futuro, hacia aquello que es mejor y desconocido.

Si nosotros perdemos esa fuerza vertical del alma, si nosotros perdemos esa capacidad de poder expresar, a través de los ideales del cuerpo, los ideales de nuestra alma, estamos perdidos. Tenemos que robustecer esa parte interior de nosotros. No hace falta ser un ser superior o una persona muy importante; hace falta ser un hombre o una mujer que sienta profundamente lo que es la vida y cómo realizarla. Todo hombre y toda mujer tienen posibilidades de autodescubrirse a sí mismos. Por lo general, nosotros no utilizamos toda nuestra memoria. Por lo general, no sabemos de dónde proceden determinadas intuiciones que a veces tenemos, como cuando pensamos en un amigo y de repente lo encontramos en la calle.

Tampoco nos estamos empleando a fondo en cuanto a conocer los misterios de nuestra propia vida y del mundo circundante: saber de dónde venimos, qué somos, adónde vamos, si es que hemos estado antes en esta Tierra o si vamos a estar de nuevo, si es que vamos a un mundo más sutil cuando morimos o si no vamos a ninguna parte.

Estas son preguntas acuciantes en nosotros. Debemos investigar y leer; debemos comparar las diferentes formas religiosas o místicas para saber qué sintieron, con qué vibraron los hombres que hicieron obras monumentales o sacrificaron sus vidas en inciensos y bondades, aquellos que nos enseñaron que cuando nos golpean en una mejilla tenemos que poner la otra. Eso es completamente superior a todo instinto humano y a todo instinto animal.

Tenemos también que tratar de nuclear a aquellos que sienten estas cosas, más allá de todas las diferencias de la personalidad, más allá de todas las diferencias de las generaciones y más allá de todas las diferencias de lugar, de espacio y de tiempo. Tenemos que tratar de unir nuestros corazones en una búsqueda y en una interrelación.

¿Es posible, amigos; es posible, que, a veces, los mafiosos, los ladrones nos ganen en capacidad de organización y en posibilidad de concordia? Porque los ladrones se juntan entre sí y, si son hechos presos, muchos de ellos no delatan nunca a sus compañeros. ¿Tienen sentido de la lealtad! ¿Es que la lealtad, hoy, está acurrucada entre los ladrones? ¿Es que la capacidad de organización hemos de dejarla tan sólo a los tratantes de blancas o a los que trafican drogas?

Los idealistas, los filósofos, los artistas, los científicos, los que queremos un mundo nuevo y mejor, hemos de tener esa y mucha más capacidad en nuestra unión y en nuestra relación. Nuestra filosofía acropolitana promueve no solamente esta búsqueda y estas preguntas individuales, sino que promueve también la formación de un nuevo tipo de gente, de un nuevo tipo de pensar, que permita crear una Ciencia nueva, un Arte nuevo, una Política nueva, una Convivencia nueva.

Y esa nueva convivencia, esa nueva política, esa nueva forma de pensar, ese misticismo general con cualquier nombre o cualquier forma, pero que sean profundos y que nos permitan, una tarde, sentir la nieve bajo nuestras rodillas y a Dios encima de nosotros, eso no lo podemos perder de ninguna manera.

Hemos de tener la tenacidad que tienen las cosas de la materia. Si tomamos una piedra y la soltamos, caerá inexorablemente hacia su madre Tierra de la que un día salió. ¿Cómo es que nuestra alma ha perdido la capacidad de caer hacia su padre Dios con la misma naturalidad?

Para ser místico, para ser idealista, no hacen falta condiciones muy especiales: hace falta ser natural, encontrarse a sí mismo, poder expresar lo que tenemos dentro. De ahí, que os digo que ésta nuestra Nueva Acrópolis que os proponemos, es una nueva Acro-polis, es una nueva Ciudad Alta. Esto no es una secta de religión; esto no es ningún partido político; esto es una posición humana para los nuevos seres humanos que quieran vivir realmente en este mundo, que quieran vivir realmente dentro de sí, que quieran pasar las barreras de la muerte, que quieran conocer las cosas; que puedan gozar con las flores, con el agua, con las mariposas; que puedan, también, gozar con las amistades que les rodean; que puedan encontrar, en el fondo de las cunas, niños que puedan ser promesas para el mañana; para seres que puedan, no lloriquear sobre los ataúdes de los muertos, sino comprender la Ley inexorable que nos va llevando a través del Tiempo.

Hombres, en definitiva, que puedan vibrar y cantar con voz plena, frente a las montañas y en los amaneceres... Hombres y mujeres que puedan ir con las manos enlazadas sin temor a la violencia, sin caducidad. ¡Que puedan marchar siempre hacia Arriba y hacia Adelante!

# 04 El Hombre, sus Mitos y sus Símbolos

---

Jorge Angel Livraga Rizzi



Esta conferencia va a tratar sobre el hombre y sus símbolos, o sea, de qué manera el hombre, a través de los tiempos, ha elaborado una serie de símbolos y expresiones.

Tendríamos primero que considerar qué es el hombre, no filosófica o metafísicamente, sino la simple antigüedad del hombre sobre la Tierra. Como sabemos perfectamente, ha habido diferentes criterios a través de los tiempos.

Es evidente que el hombre está desde hace millones de años sobre la Tierra. Hoy lo sabemos. Está constatado por la ciencia, por los elementos más modernos y, además, la profundidad de las antiguas culturas nos demarca una serie de oscilaciones en la marcha de la evolución del hombre.

Tampoco hoy se pueden aceptar los conceptos simplistas que existían en la época darwiniana, donde se pensaba que el hombre era un producto derivado de una especie de antropeide o de proto-antropeide y sobre lo que se había hecho un esquema muy simple que aparentemente conformaba a todos, que del Antropopithecus non erectus deviene el Antropopithecus erectus, del cual proviene finalmente el Homo sapiens; aquellas famosas teorías del siglo pasado -que desgraciadamente todavía hoy en la actual educación se siguen recibiendo en parte- de que el hombre deviene de una suerte de simio y que por elevarse para coger las frutas empezó a andar en dos patas y porque era más débil que otros animales empezó a elaborar el pensamiento.

Ahora, de esto no hay ninguna prueba. Además es completamente rebuscado. Tenemos que pensar por qué los otros seres vivos no hicieron también lo mismo. Además no se han encontrado restos de ningún hombre -ni del *Sinanthropus pekinensis* ni de ningún otro- que remarcase que el hombre alguna vez haya andado en otra posición que con los dos pies.

La forma de clasificar los periodos históricos de la época de Comte también ha quedado atrás. Ya no podemos hablar de que el hombre en principio conformó una civilización mágica, después una civilización religiosa, después una civilización filosófica y después una civilización científica. Hoy sabemos que esa línea simple y ascendente de una evolución lineal está en contraposición con todos los descubrimientos arqueológicos, con todos los descubrimientos etnográficos que poseemos.

Es mucho más adecuada a la realidad la teoría de los ciclos históricos, ya sean las últimas que elaboró el genial Toynbee o las anteriores que venían desde las épocas de los filósofos estoicos. O sea, que entenderíamos que el hombre, tal como es, no ha tenido una ascensión hacia la civilización de una manera lineal, sino que muchas veces vaciló en su marcha, volvió atrás para retomar fuerzas, giró sobre sí mismo, y hubo muchos grupos humanos y muchas civilizaciones que desaparecieron.

Hoy, en algunos lugares donde hubo grandes civilizaciones, hay tan sólo desiertos, y no hace falta que a vosotros, peruanos, os hable de pueblos lejanos. Bien sabéis que bajo las arenas de Nazca o de Ica existen restos de una cultura superior que tuvo grandes conocimientos, que tuvo una alfarería verdaderamente notable y toda una iconografía que demuestra una evolución del pensamiento. Yo he recorrido esas arenas y, ¿qué hay ahora? Lo único que queda es nada más que soledad y alguna casita muy humilde; ya no quedan restos de los regadíos y jardines, ya no quedan tampoco restos de los caminos que llevarían a los muertos a los enterramientos que tenían en las costas o en las islas sagradas.

Es obvio que los ciclos de los tiempos, los cambios geológicos, los cambios climáticos, han afectado profundamente la marcha del hombre. En otras partes del mundo ha pasado exactamente lo mismo. En cambio, en partes en donde no hubo poblado anteriormente, se levantan hoy ciudades de real importancia.

La arqueología no ha descubierto prácticamente nada en los asentamientos actuales de la ciudad de Nueva York; sin embargo, es una de las ciudades más grandes del mundo.

Por lo general, el hombre trata de repoblar los mismos lugares que ha poblado, sobre todo cuando quiere hacer algo en un sentido más profundo. Entonces, tendríamos que considerar que el hombre no ha empezado en un lugar y se ha expandido, porque no hay pruebas de eso ni sabemos cómo comenzó el hombre. Sé que hay muchas teorías, pero como filósofo no puedo ahora empezar a hablar de ellas y que empezemos a rebatirnos, sino que diríamos que hay muchas teorías y que cualquiera de ellas puede ser cierta, pues como diría Sócrates: "Sólo sé que nada sé." Tengamos un principio de búsqueda de la verdad, saber hasta dónde sabemos y saber hasta dónde ignoramos, porque, si no, en lugar de adaptar las teorías y los pensamientos a los hechos reales, estamos de una manera forzada, a martillazos, encajando la realidad en la teoría.

Y de eso, muchos de nosotros ya estamos un poco cansados, pues hemos visto los fracasos que han ocurrido incluso en los últimos tiempos. Recordad el famoso cráneo de Piltdown, que durante la última guerra mundial fue guardado en la cámara más blindada del Museo Británico por las dudas de que hubiese bombardeo sobre ese museo y porque se consideraba ese cráneo como el resto de un eslabón perdido, resto de un ser que habría existido entre los simiescos primitivos y el primer hombre.

¿Qué fue del famoso cráneo de Piltdown? Cuando le aplicaron el carbono 14 y el radioflúor se descubrió que ese famoso cráneo de Piltdown era simplemente una broma de estudiantes. Habían asociado a la mandíbula de un mono el cráneo de un africano y le habían puesto algunas puntas de flechas del Neolítico, dándoles varios baños de ácido que las carcomían y parecían pertenecer a una etapa muy primitiva del trabajo de la piedra llamada eolítica, de las "piedras de la aurora". Este cráneo, que no sé dónde descansará ahora, ha quedado relegado en el olvido, y como él tantas pseudo maravillas descubiertas que, al fin, cuando se investigaron más a fondo, no resultaron ser verdaderas. De ahí, entonces, que quiero aclararles que no sabemos, que no podemos afirmar de cualquier manera cuál ha sido el origen del hombre ni cómo ha sido el origen del hombre ni cuándo ha sido el origen del hombre.

Tampoco podríamos afirmar, dados los conocimientos actuales, cuándo comenzó la civilización. En esto también se han cometido errores en el siglo pasado. He leído libros donde se hablaba de la civilización y se decía: "Civilización es cuando la cultura se plasma en construcciones de ladrillo." Eso es una imbecilidad. Desde ese punto de vista una ciudad de cemento o de plástico no sería una muestra de civilización. Debemos tener conceptos más amplios, conceptos más elásticos y poder entender incluso que una cosa es el desarrollo técnico y otra cosa es el desarrollo cultural.

Ha habido pueblos de los cuales tenemos pruebas de que han tenido un gran desarrollo cultural, sin embargo, no han llegado a una tecnología, por ejemplo, como tenemos nosotros ahora, pero en otros aspectos de la expresión humana nos han superado. Es obvio que en cuanto a máquinas, que en cuanto a técnica, nosotros tenemos una civilización mucho más avanzada de lo que pudo ser la griega. Sin embargo, desde el punto de vista de la filosofía pura, de la abstracción, del arte, de la estética y de la ética, es obvio también que los griegos estaban más avanzados.

Nosotros, en gran parte, no hacemos más que retomar, reencauzar, reelaborar los elementos que nos han dejado los griegos y todavía hoy admiramos esas obras, incapaces de poder recrear algo que pudiese ser semejante. Es decir, que podríamos copiar, pero no podríamos crear un nuevo orden como el orden dórico o el orden jónico o el orden corintio; lo único que podemos hacer es recomponer. El arte moderno, de fin de siglo pasado y principios del siglo actual, refleja precisamente la impotencia del hombre, del hombre del siglo XX, para poder recrear una forma estética que esté completamente alejada de las ya conocidas.

Tenemos entonces ese primer principio, diríamos, de desconocimiento del origen del hombre, de desconocimiento del origen de la cultura y de la gran variedad de lugares donde "nació" la cultura, donde apareció la cultura. Es obvio que todavía hoy influye en nuestros libros de historia el concepto de historia según las culturas de la cuenca del Mediterráneo. Sabemos todavía muy poco de las culturas chinas, por ejemplo.

Dentro de ese lugar geográfico que hoy llamamos China florecieron gran cantidad de civilizaciones que pudieron dominar los metales hace muchos miles de años, que escribieron libros, que elaboraron idiomas, que elaboraron símbolos.

También sabemos que en nuestra América cada vez tenemos que hacer retroceder la cronología. Recuerdo que cuando estuve en Chavín, la cerámica de ofrendas hizo retroceder completamente toda la cronología de Chavín en más de mil años, y lo mismo ha pasado en México y en otros lugares. O sea, es evidente que el hombre es muy, muy antiguo; que el hombre ha utilizado símbolos de expresión desde las más tempranas épocas, desde épocas muy remotas.

¿Qué es un símbolo? Símbolo es una palabra que deviene del griego, a través del latín y podría ser traducida libremente -para así poder entendernos todos- como "yo llevo", "yo porto"; el símbolo es como un contenedor, el símbolo es como un envase de algo. El símbolo puede tener un valor en sí como elemento estético, pero tiene, además del elemento estético, un significado. Lo que pasa es que en muchos casos se ha perdido el significado y lo único que podemos ver es la parte externa.

Cuando nosotros vamos a un museo, aquí en Perú mismo, y encontramos restos hermosos de viejas civilizaciones, no sabemos exactamente qué estamos viendo. Así, se llama a algunas formas plasmadas en las cerámicas, el "Dios murciélago", el "Dios lobo marino", el "Dios chacal", pero no sabemos exactamente si es que son Dioses, si es que son símbolos de las fuerzas de la Naturaleza, o si son simples reproducciones de los animales que veían. También cabe la posibilidad de que no podamos interpretar realmente qué es lo que contienen esos símbolos -a pesar de estudios muy enjundiosos y muy buenos que se han hecho sobre el tema, sobre todo en las culturas costeñas-, pero al haberse perdido una continuidad cultural hemos perdido la posibilidad de interpretación de los símbolos.

Esto no nos debe extrañar; si yo tuviese aquí una pizarra y escribo H<sub>2</sub>O, todos los que saben química dirían: "El profesor está escribiendo la fórmula del agua." Pero si nadie supiese química, si alguna vez se perdiese nuestro concepto de captación simbólica en la parte química, si un arqueólogo viniese dentro de mil años o dos mil años y encontrase un libro de química, ¿cómo podría él interpretar esto, cómo podría él saber a qué se refiere, aunque pudiese leer nuestra lengua, básicamente? ¿

Qué leería? Diría que son palabras mágicas, una suerte de expresiones primitivas y a lo mejor lanzaría una gran teoría sobre la interpretación religiosa, económica o sexual de estos símbolos, cuando la verdadera simbología es química.

Mucho sospechamos los historiadores que a veces nos pasa lo mismo cuando nos encaramos de frente con una serie de simbolismos muy antiguos, que han perdido para nosotros el valor por una falta de transmisión de la cultura y que nos es muy difícil entender hoy qué es lo que representan.

También hallamos un fenómeno en la marcha de la cultura humana que contradice las teorías de una evolución lineal, y es que no siempre ni generalmente, las culturas más avanzadas son las últimas; muchas veces las culturas más avanzadas son las más antiguas, las más avanzadas desde el punto de vista técnico, desde el punto de vista artístico. Por ejemplo, estamos en Perú, y ¿qué os parece más perfecto, un vaso mochica o un vaso inca? Obviamente un vaso mochica, aunque los mochicas vivieron antes que los incas.

¿Qué es más perfecto, unas cerámicas de Chavín -cuyos ejemplares están aquí en el Museo de San Marcos- brillantes, magníficas, que han necesitado más de mil grados de temperatura para poder elaborarse, que tienen una abstracción en sus símbolos que son verdaderamente mágicos y que demuestran una seguridad de líneas, una seguridad de trazado, o una cerámica del mismo tipo de nivel Churajón, que data de tres, cuatro o cinco mil años después? La de nivel Churajón es completamente inferior.

Lo más clásico en todo esto es considerar Egipto. En Egipto vamos a ver una cultura simbólica enorme en las primeras dinastías que no sabemos de dónde viene ni qué origen tiene, porque las teorías de que esos símbolos y culturas devienen de las proto-culturas del Sahara son tomadas de los pelos, no tienen una realidad. El Neolítico y el Mesolítico, y aun el Paleolítico, en esa parte de África que hoy llamamos Egipto estaba mucho menos desarrollado que el Paleolítico en Europa, por ejemplo, el de España y Francia.

En Egipto aparece de golpe -aparentemente de golpe- en la época de Menes toda una civilización enorme. En las primeras dinastías es cuando se hacen las grandes pirámides; en las primeras dinastías es cuando se trabajan las piedras más duras, como son la diorita y los esquistos; en las primeras dinastías es cuando se elabora toda una mitología compleja y rica, desde el punto de vista religioso, metafísico, ontológico, que después va a ser llamada el Libro de las Pirámides, el Libro de los Muertos.

Tendríamos que ver en Egipto, a medida que vamos acercándonos hacia el Egipto más moderno, que las leyes de la evolución, tal cual las entendemos, tendrían que haber llevado a Egipto a un nivel mayor; pero lo que vemos es siempre una decadencia -aun en los momentos en que Egipto trata de retomar su fuerza en el período ramésida-, pues lo único que hace es una suerte de renacimiento, una copia de las formas antiguas, de compilación de los conocimientos antiguos, hace un renacimiento tal cual fue nuestro Renacimiento, o tal cual fue la época neoclásica en el primer periodo de Napoleón I, en la que no hubo creación.

Y así, Egipto, cuando pasa el tiempo, en lugar de evolucionar y crecer, se va a ir degradando poco a poco, hasta que los mismos jeroglíficos tan famosos, tal vez los símbolos más bellos y perfectos que podamos conocer, se van perdiendo y entonces va naciendo la llamada escritura demótica, que era la escritura popular y que luego también se perderá, quedando los signos y los grafismos que asimiló después la escritura árabe. O sea, que en lugar de haber una ascensión, hubo un descenso.

Si nos acercamos a otros pueblos, para poder comparar, vamos a ver, por ejemplo, que los símbolos y grafismos del idioma védico o del sánscrito son mucho más completos, mucho más ricos, mucho más perfectos que los del griego. El griego, a su vez, es más rico y más perfecto que el latín. El latín, a su vez, es más rico y perfecto que lo que puede ser el español, el inglés, el alemán o cualquier otra lengua actual. Encontramos ahí, no una evolución, sino una antievolución.

Voy a dar un ejemplo para que podamos entendernos todos. Cuando yo quiero decir en castellano que yo amo algo, tengo que hacer toda una frase: O sea, digo: "Yo amo a mi patria" o "yo amo a mi madre" o "yo amo tal cosa".

"Yo amo" es siempre igual, la palabra "amor" es siempre igual. No hay diferencia. Decir: "Amo a Dios" y "amo a mi perro" es exactamente igual, es amor. O sea, el español en ese sentido es tan pobre -aunque sea una de las lenguas más ricas dentro de las lenguas modernas- que solamente tiene un vocablo para expresar una serie de sentimientos completamente diferentes y de profundidad completamente disímil. En cambio, en sánscrito, existen cerca de cien vocablos diferentes para referirse a diferentes maneras y formas de amar, en cada uno de los niveles y a cada una de las cosas. No se dice igual el amor a Dios que el amor a una piedra preciosa, el amor a un hermano que el amor a una novia; se usan palabras diferentes, es mucho más rico, es mucho más complejo.

Por ejemplo, son tan perfectos los grafismos y símbolos del idioma chino que aún hoy un japonés puede leer chino aunque no lo pueda hablar, o sea, los grafismos chinos han llegado a una universalidad verdaderamente maravillosa y su complejidad es asombrosa.

Obviamente, este símbolo, este "yo llevo", es característico en todos los pueblos. No ha habido jamás ningún pueblo con cultura y con civilización que no haya utilizado los símbolos de una manera u otra. Los símbolos por lo general son grafismos o son figuras combinadas con colores. Aquí mismo, volvamos un poquito otra vez a Perú, sabemos también que los quipucamayocs cuando hacían los famosos quipus, no solamente los hacían con nudos y con cuerdas, sino con diferentes colores, y que esos colores tenían un significado especial para quien sabía leerlos. De la misma forma, en los jeroglíficos egipcios o en las culturas nórdicas del norte de China existen diferentes colores con diferentes significados, o sea, que ha habido todo un estudio de los colores para poder representar algo, para poder expresar algo.

Lo mismo sucede con los sonidos. Los sonidos han sido utilizados por los hombres desde tiempos muy tempranos, desde siempre aparentemente, para poder expresar cosas. Muchas veces lo que pensamos que son fórmulas mágicas y extrañas no son más que restos de viejas culturas, de viejas lenguas que ya no comprendemos. Esto ha pasado directamente con el lenguaje egipcio, del que en la Edad Media ciertos latinistas reproducían algunas palabras sin saber qué significaban.

Pero eso no quiere decir que se ignore la existencia de palabras que se puedan referir a la magia, a la metafísica o a los hechizos en todas las antiguas culturas; quiere decir simplemente que hay palabras que, al perderse su significado, se les atribuye un significado nuevo. Los hombres, entonces, desde sus primeros tiempos han utilizado los símbolos.

¿Cuáles son los símbolos más primitivos, o cuáles son los símbolos primeros que encontramos? Aclaremos algo más. Decimos primitivos, pero primitivo no significa primero. Particularmente, yo no estoy muy convencido de que los salvajes, los que llamamos salvajes, los que llamamos primitivos, sean hombres primitivos que están en evolución. Todas las pruebas que se han hecho demuestran más bien, aun contra las corrientes en boga, que estos hombres primitivos o salvajes no se encuentran en evolución sino que están en involución. Las excavaciones, por ejemplo, hechas en la Polinesia y en Australia han demostrado que estos hombres que hoy viven prácticamente desnudos, que apenas sí conocen el fuego, que cuando ven un avión se asustan y empiezan a modelarlo en el suelo adorándolo, estos hombres, sin embargo, guardan recuerdos de viejas culturas que tenían grandes barcas, que sabían incluso que la Tierra era redonda, que estaba en el Universo.

O sea, que en las subculturas polinésicas, los investigadores, comunicándose muy primariamente con estos hombres que casi han perdido la posibilidad de expresar ideas más allá de las necesidades comunes de alimento o sexo, les han preguntado: "¿Qué son las estrellas?" Y estos hombres tomaron barro, hicieron unas bolitas entre las manos y dijeron: "Las estrellas son así, como esto." "¿Y dónde estamos nosotros viviendo?" "Es igual que esto", contestaron señalando una bolita. Asombroso conocimiento en personas que apenas sí conocen el fuego. Occidente tuvo que esperar hasta el siglo XVI para tener la seguridad de ello. Hasta el siglo XVI, y aun en algunas partes hasta el siglo XVII, se iba a dudar de la redondez de la Tierra, se iba a dudar de que la Tierra fuese un lugar como todos en el espacio y que las estrellas iban a ser cuerpos móviles semejantes a la Tierra.

A Giordano Bruno afirmaciones de ese tipo le costaron la hoguera en Campo di Fiori, en Roma.

Bien sabemos también que Galilei tuvo que retractarse de sus afirmaciones cuando quiso decir cosas parecidas. Nos asombran, entonces, estos hombres que aparentemente son primitivos, que estarían en una etapa primera de su evolución, pero que, sin embargo, no están en una etapa primera sino que más bien están en una decadencia. O sea, que no podríamos afirmar que, por lo general, los pueblos que llamamos primitivos sean realmente primitivos, tampoco podemos afirmar que el estudio de los actuales pueblos primitivos nos dé una idea de cuáles fueron los primeros pueblos primitivos de los que, aparentemente, no conocemos nada.

Hace unos meses estaba yo en las grutas de Altamira, en Asturias, donde, como sabéis, se han conservado más de 150 pinturas rupestres de las más antiguas del mundo, a las que los más conservadores diríamos le dan por lo menos 14 000 años y otros de 20 a 25 000 años. Esas figuras cubren el techo de la cueva de Altamira y han sido hechas con una maestría verdaderamente notable. No solamente han aprovechado la forma natural de la piedra donde, con breves trazos de pintura, crearon figuras de animales de épocas muy antiguas, de épocas prehistóricas, como son el viejo oso europeo, el gran oso, el bisonte europeo que fue mucho más grande que el bisonte americano que conocemos hoy, sino que esta gente también ha manejado el color y la forma de manera magistral.

Cuando se llevaron a cabo estudios entre 1900 y 1925-26 -interrumpidos por la Primera Guerra Mundial- llamó la atención el hecho de que muchos de esos animales tenían las patas en una posición muy extraña para la carrera, o sea, que no era la posición común a que estamos acostumbrados a ver en un relieve de un caballo griego o romano; éstos tenían las formas muy raras. Sin embargo, posteriores estudios cinematográficos de caballos y bisontes en carrera demostraron que esas posiciones que están en la gruta de Altamira son las correctas y que los griegos cuando nos presentan un caballo en galope, cuando nos presentan un caballo en carrera, están más bien haciendo una idealización estética de cómo tendría que ir el caballo, pero no realmente cómo corre el caballo, e incluso los griegos utilizaron artificios para poder hacer a sus caballos más elegantes.

Por ejemplo, en los carros, y luego en las bigas romanas, se utilizaba una suerte de dogal colocado muy alto sobre el cuello del caballo para hacer que siempre mantuviera la cabeza enhiesta y elevada, y eso nos da las figuras tan magníficas que hemos admirado en los metopas del Partenón, por ejemplo, o en el caballo de Selene en donde vemos esa altura, esa fuerza de la cabeza que, sin embargo, es más una idealización de tipo simbólico-religioso que una realidad.

Sin embargo, el hombre de las cuevas de Altamira, sea quien fuere, descubrió la marcha real de los animales. ¿Cómo lo hizo? Eso es un misterio. Él no poseía cámara cinematográfica. No hay ojo vivo que pueda registrar esas posiciones con tanta perfección en un animal a la carrera. ¿Es que tenían ellos una vista mucho mejor que la nuestra? ¿Es que poseían tal vez restos de culturas más antiguas todavía que ellos? ¿Es que ellos eran realmente primitivos, o sea, que los hombres de la Cuarta Glaciación de la Era Cuaternaria eran hombres primitivos o eran restos de viejas civilizaciones que hubiesen quedado y que habrían guardado una tradición que ellos plasmaban? Eso es una buena pregunta, aunque no tiene respuesta. No lo podemos saber exactamente, pero sí lo hemos podido ver con nuestros propios ojos y poder apreciar esa maravilla.

Hay símbolos que están en todas partes del mundo. Símbolos que si los encontrásemos de golpe no podríamos saber a qué cultura pertenecen. Hay símbolos como el círculo, el punto, el triángulo, el cuadrado, la cruz de brazos iguales, la esvástica, la poli-esvástica con formas como de pies, el Sol, la Luna, las estrellas de cinco, seis u ocho puntas, que aparecen en todas las diferentes culturas.

El estudio del simbolismo nos permite recoger, en parte, su significado, y nos permite, a veces, revertirlos sobre culturas que no conocemos para poder interpretarlos. Vamos a tomar un símbolo cualquiera: el símbolo de la serpiente. El símbolo de la serpiente, por ejemplo, lo encontramos en todas las culturas, ya sea bajo la forma del dragón babilónico, bajo la forma bíblica que todos conocemos -la serpiente tentadora-, o como Quetzalcoatl en las culturas del centro de México; lo vamos a encontrar también en Chavín; lo vamos a encontrar en las culturas de Tiahuanaco en las manos de los grandes gigantes;

.. vamos a encontrarlo en India bajo la forma de Nâga -la serpiente sagrada, el símbolo de los Râja Nâga o de los Reyes Magos-; vamos a encontrarlo en Egipto antiguo bajo la forma del Oreus, que estaba en la frente de los faraones como símbolo de fuerza y de poder; también lo vamos a encontrar en Egipto como el emblema de Agathodaemon, la serpiente con pies, símbolo del hombre interior; lo vamos a ver en el Caduceo de Mercurio o Hermes, entrecruzadas las serpientes. Vosotros la conocéis también porque tenéis aquí en el Museo Arqueológico una tabla chavinense, la Estela de Raimondi, donde se oponen en la parte superior una suerte de serpientes.

En todas partes aparece la serpiente. Aparece en China, aparece en Japón, en todos los pueblos antiguos; es un símbolo que todos los pueblos han tomado. Podríamos decir: "Bueno, es que todos los pueblos tuvieron a la vista una serpiente, entonces lo único que hicieron fue reproducirla." Señores, todos los pueblos tuvieron a la vista las moscas, por ejemplo, ¿por qué, entonces, todos los pueblos no reprodujeron las moscas con el mismo criterio o por qué no reprodujeron cualquier otro tipo de animal? Es obvio que para los pueblos antiguos esa representación tenía un sentido específico; además, siempre aparece ligada a representaciones de tipo religioso.

La serpiente, aunque aparece por ejemplo en las pinturas y relieves del Reino Antiguo y Medio en Egipto con la forma de un boomerang elástico, una suerte de instrumento para abatir pájaros, tiene también su sentido interno, tiene también un sentido religioso, no aparece en las manos de simples cazadores, aparece siempre en manos de sacerdotes o reyes que no están cazando en este mundo, sino que están cazando en el Amenti o Mundo Celeste.

Todo esto tiene, obviamente, una gran curiosidad para todos nosotros. Es fundamental poder conocer el simbolismo de los pueblos antiguos para entender también nuestro propio simbolismo actual. Nosotros en la actualidad también nos manejamos con símbolos, también nos manejamos con expresiones de todo tipo, expresiones pictóricas, expresiones habladas, expresiones mixtas.

Obviamente, las alienaciones de nuestra época no son alienaciones de tipo místico o religioso, y entonces conocemos más el símbolo de una tapa de botella de coca-cola que, a lo mejor, un símbolo religioso, porque hoy las alienaciones son diferentes. Pero, sea como sea, ayer y hoy y probablemente mañana, el hombre utilizó, utiliza y va a utilizar los símbolos, porque los símbolos son recipientes donde el hombre da algo, donde ofrece algo, y lo ofrece a la Divinidad, lo ofrece a otros hombres o lo guarda en su corazón.

Hay una necesidad inherente en el hombre de dar lo que tiene en sí. Todo hombre que no está demasiado contaminado por el mundo circundante, tiene una necesidad natural de dar en lo físico, en lo psicológico y en lo espiritual. Todos tenemos necesidad de dar algo, de dar lo que tenemos; físicamente cuando podemos dar algo a quien lo puede necesitar, cuando podemos colaborar con nuestro esfuerzo, de alguna manera; psicológicamente, cuando además de ser amados, necesitamos amar, necesitamos cuidar de alguien, preocuparnos por alguien, poder hablar a alguien, poder expresar, escribir; y espiritualmente, también tenemos la necesidad de poder expresarnos dentro del Universo, no solamente formal sino metafísico. El hombre, de alguna forma, es como una vertiente, el hombre es como una fuente. Cuando el hombre deja de ser fuente deja de ser hombre. El hombre que no da, el hombre que no se expande, el hombre que no surge desde su interior hacia afuera, deja de ser hombre, se va anquilosando, se va perdiendo, se va convirtiendo en un resentido encerrado dentro de su propia necesidad.

El hombre para ser hombre debe tener la actitud generosa, debe tener una actitud de dación. El hombre para ser hombre debe ser un símbolo, un símbolo de su propio interior. Ese símbolo no hace falta que sea de una belleza corporal extraordinaria; tal vez, uno de los hombres más feos que recuerde la historia fue Sócrates, sin embargo, era uno de los hombres más sabios. Pero sí hace falta poder tener una expresión externa que esté de acuerdo, en armonía y en forma, con lo que sentimos en el interior y que nuestras obras estén de acuerdo con lo que nosotros creemos, con lo que sentimos y con lo que vivimos.

Uno de los problemas fundamentales de este siglo y de este momento histórico es la dicotomía o contradicción entre lo que nosotros sentimos y lo que nosotros expresamos. Porque, generalmente, nos hemos vuelto cobardes, estamos carcomidos de miedo, no miedo a un castigo físico, sino miedo al ridículo, miedo al qué dirán. ¿Cuántas veces negamos una limosna a un hombre, no porque no se la queramos dar, sino porque nos da hasta vergüenza, hasta un no se qué detenernos y buscar, o sea, no nos atrevemos?

A veces vemos a un hombre que se cae en la calle y todos lo miramos y decimos: "¡Se cayó! ¡Eh, cómo se golpeó ese hombre!" Pero no lo vamos a ayudar o tardamos en hacerlo. Hay una inhibición en nosotros; nos da vergüenza expresar nuestros buenos sentimientos; nos da vergüenza ser realmente buenos, hemos llegado a esa aberración; nos da vergüenza decir que creemos en los demás o que creemos en Dios; nos da vergüenza decir que tenemos un Ideal. Hoy son muy pocos los que se proclaman idealistas, porque todo el mundo le va a colgar el Sambenito y dirá: "¡Ése es un idealista! ¡Ése no es práctico!"

Pero tenemos que tratar de vencer ese miedo, vencer las vallas circundantes, expresarnos y poder dar generosamente lo mejor que tenemos; poder dar en el aspecto que podamos dar, poder dar una caricia, poder dar una sonrisa, una palabra de aliento, poder dar dinero, cosas, trabajo, atención a tiempo, fe, confianza, pero dar. El hombre que no da, no maneja símbolos, y el hombre que no maneja símbolos no puede salir de su cáscara física.

Para poder salir de la cáscara física, para poder proyectarse no solamente en el aquí y en el ahora, sino también en el torbellino de los siglos, para poder llegar hasta las fronteras del mañana hace falta poder manejar los símbolos. Los símbolos son como barcas y la Historia es como un lago, como un río. Los símbolos son barcas que nos llevan hasta más allá de la Historia. Los símbolos son barcas que vienen desde el pasado, trayéndonos objetos misteriosos que debemos desvelar para reencontrarnos a nosotros mismos; porque conociendo nuestro pasado nos conocemos a nosotros mismos y podemos prever el futuro.